

JOSÉ PABLO
FEINMANN

**SIEMPRE
NOS QUEDARÁ
PARÍS**

EL CINE Y LA CONDICIÓN HUMANA





José Pablo Feinmann nació en Buenos Aires en 1943. Licenciado en Filosofía en la Universidad de Buenos Aires en 1969, escribió novelas, ensayos, obras de teatro, guiones cinematográficos e infinidad de notas en diarios y revistas: en total una treintena de libros, muchos de ellos traducidos a varios idiomas. De sus novelas prefiere *Últimos días de la víctima*, *El ejército de ceniza*, *La astucia de la razón* y *La crítica de las armas*. De sus obras de teatro, *Cuestiones con Ernesto Che Guevara*. Y de sus guiones de cine, *Eva Perón*, *El amor y el espanto* y *Ay, Juancito*. *Últimos días...* fue llevada al cine por Adolfo Aristarain y *Ni el tiro del final* por Juan José Campanella. Conduce por Canal Encuentro el exitoso programa *Filosofía aquí y ahora*, ganador del premio Martín Fierro.

José Pablo Feinmann

Siempre nos quedará París

El cine y la condición humana



CAPITAL INTELECTUAL

Índice

Capítulo 1 De Saigón a Bagdad	15
Capítulo 2 La bandera del Imperio	23
Capítulo 3 El sexo en el cine	35
Capítulo 4 Golpes a la vida	47
Capítulo 5 Woody Allen con final feliz	59
Capítulo 6 Los villanos de Disney	75

Capítulo 7	
Ascensión y apogeo	89
Capítulo 8	
Prostitutas	101
Capítulo 9	
Las obsesiones de Woody	117
Capítulo 10	
Los yuppies al poder	131
Capítulo 11	
Ámame o déjame	143
Capítulo 12	
Marcianos	155
Capítulo 13	
Películas malditas	165
Capítulo 14	
Las comedias son eternas	175
Capítulo 15	
La caída de los dioses	187
Capítulo 16	
Medios por todos los medios	201
Capítulo 17	
La neurosis de los superhéroes	213
Capítulo 18	
Mordiendo la eternidad	223
Capítulo 19	
Sombras del cine negro	233

Capítulo 20	
Todos los mafiosos van a Hollywood	243
Capítulo 21	
Kant y Gary Cooper	253
Capítulo 22	
La política por otros medios	265
Capítulo 23	
Cuéntame tu vida	277
Capítulo 24	
La vida que arde	291
Capítulo 25	
El odio al diferente	299
Capítulo 26	
Rebeldes de por aquí nomás	307
Addenda	
El grito de Janet	
Un cuento sobre <i>Psicosis</i>	317

Cierto tiempo atrás abrí distraídamente el libro de un célebre filósofo francés que trataba sobre el esquivo arte del cine. No pude evitar una carcajada que sonó escandalosa en medio de una librería exquisita y algo secreta. El señor iniciaba su ensayo remitiendo a un más que hermético texto (breve) de Heidegger que se titula *La época de la imagen del mundo*. Conozco ese texto desde mis años de estudiante de filosofía y jamás se me había ocurrido relacionarlo con el cine. Me habría parecido una injuria. Una injuria al cine, no a Heidegger. Pero un filósofo francés tiene que cuidar su negocio. Si hay un texto de Heidegger que lleva en su título la palabra *imagen* ahí va él a sacarle el jugo y a exhibirse como un auténtico filósofo que se acerca al cine desde el pensar del maestro de Alemania.

Sí, se pueden establecer algunos juegos entre lo que Heidegger propone en ese texto (la muerte del sujeto y la muerte de

la antropología; es decir, del hombre) con el cine. Sin embargo, el cine está en otro lado. Porque es un arte que –desde que se lanzó a narrar historias: algo que hizo antes que nadie la industria de Hollywood– requiere la presencia de sujetos y de hombres que protagonicen relatos. Por si fuera poco, el cine es un arte de entretenimiento. Es un show. Y Heidegger era un alemán campesino, pesado, que escribió un gran libro (*Ser y tiempo*) y luego, en su segunda etapa, adhirió al nacionalsocialismo.

El filósofo que mencioné es Gilles Deleuze y tengo otras diferencias con él, pero aquí importa esto: empezar un libro de cine con un ensayo de Heidegger porque habla de “la imagen del mundo” refiriéndose a algo que no tiene nada que ver con el cine sino con la muerte de sus excepcionales protagonistas, los sujetos, los seres humanos, los hombres ocupando la centralidad del relato (algo que, insisto, Heidegger viene a destruir en ese texto) es una jugarreta de un tipo que quiere exhibir que se trata de un filósofo el que ahora se ocupa del pobre cine.

Bueno, yo soy un filósofo y soy un cinéfilo apasionado. Y del cine me gustan muchas cosas. Pero siempre sigo unido a su magia por los deslumbramientos lejanos pero vivos, aún ardientes, de mi infancia. Eso no me ha impedido nunca tomarlo como base de muchas reflexiones acerca de la condición humana. Hay películas que valen por diez libros de filosofía. Incluso imágenes. A veces, una sola imagen.

Por ejemplo, cuando Jules y Jim, luego de largo tiempo sin verse, suben una escalera y recién entonces se miran a los ojos, y Truffaut congela esa imagen un instante apenas para decirnos: “Este momento es eterno, son dos conciencias que se dan mutuo reconocimiento, casi está fuera del tiempo”. O cuando Fred Zinnemann eleva su cámara y vemos que Gary Cooper

se ha quedado solo en medio del pueblo, desamparado, tal como está el hombre en la Tierra. O cuando la valija llena de billetes de Johnny Clay cae del carrito que lleva los equipajes y todo ese dinero que lo iba a salvar de su destino desdichado vuela por los aires. O cuando Bogart le da sus veinticinco mil dólares a Toro Moreno porque la mafia del box tanto lo había explotado y estafado que hasta le reclamaba ocho dólares. Y mil escenas más. El cine es emoción. Es maravilla. Es, como dijo Hitchcock, "la vida sin las partes aburridas". En suma, hay dos posibilidades en este arte sumatorio (música, vestuario, actuación, cámara, luz, escenografía, edición, etcétera): 1) El cine es la vida sin las partes aburridas; 2) El cine son las partes aburridas sin la vida.

Este libro propone una mirada reflexiva sobre las historias que cada película entrega. De aquí que lleve por subtítulo *El cine y la condición humana*. Pero no es un libro de filosofía. Es un libro sobre el amor al cine. A partir de ese amor vendrá lo demás, pero sin él nada habría sido posible. Y amar el cine es amar sus relatos, sus personajes, sus escenografías, sus buenos y hasta sus malos actores, y sus grandes directores.

Este libro surgió de un programa televisivo que hicimos con Ricardo Cohen y su formidable equipo de colaboradores. Sin la producción de Ricardo y sin el trato exquisito, cálido, que todos tuvieron conmigo yo no habría podido decir todo lo que dije en cada grabación. Porque lo que decía brotaba en el momento en base a escenas que yo había sugerido y que María Julia Bertotto había recortado con precisión quirúrgica, fruto de la obsesión con que ella, como pocos, asume su relación con el arte. Luego vino la etapa de la desgrabación y una primera lectura literaria, brillante y cuidadosa, que hizo Germán Ferrari.

Y luego me junté con todo el material y lo trabajé largamente. El estilo debía ser esencial. Aunque me permití dejar algunos tonos coloquiales para que todo fluyera con la espontaneidad de los momentos felices. Porque, creo, este libro debiera ser para el lector un largo momento feliz. Como lo fueron para mí todas las etapas de su realización.

El cierre del libro es un cuento sobre *Psicosis*, el gran film de Hitchcock. Y entonces el grito de Janet Leigh –por primera vez– entra en relación con el gran arte del siglo XX y con la gran filosofía. En arte, con la obra maestra de Edvard Munch, *El grito*. En filosofía, con el *Angelus Novus*, ese cuadro de Klee en el que Walter Benjamin leyó el horror con que el ángel de la historia miraba hacia el pasado: “Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y éste deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única, que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies”. Pero Janet no grita por haber mirado hacia el pasado, sino porque miró hacia el futuro. Hacia el *inminente* futuro. ¿Qué ve Janet? ¿Qué ve la desdichada Marion Crane? Ve a su asesino y ve el gran cuchillo que habrá de despedazar su cuerpo. Ve la imagen feroz y final de la Muerte. Y ve algo más.

Hoy, el grito de Janet es el grito de nuestro tiempo apocalíptico. Cuya imagen ya no es la de un mero cuchillo, sino la del Gran Tsunami, que, en el corazón de su vorágine, trae dos palabras: *The End*. Sin embargo, no podrá borrarlo todo. No es casual que este libro tenga el título que tiene. Porque tsunami o no, apocalipsis o no, *siempre nos quedará París*. Es una de las frases más hermosas jamás dichas en el cine y en la vida.

Se la dice Bogart a Bergman en *Casablanca*, en el momento en que, saben, se separan para siempre.

Siempre nos quedará ese lugar donde fuimos intensamente felices, donde conocimos la plenitud, donde reímos, donde lloramos, donde sentimos la caricia de lo absoluto, donde nos creímos eternos y lo fuimos, porque ahí –en ese exacto y único lugar que jamás perderemos, que siempre será nuestro– nos enamoramos con un amor tan extremo, tan loco, que sólo podía durar para siempre, ni un día menos que la eternidad. Ese lugar es el cine. Porque es así, así de simple, así de complejo: pase lo que pase, y aun si lo que pasa es lo peor, *siempre nos quedará el cine*.

JPF

No es un libro más sobre cine. Ni siquiera es un libro más sobre cine de José Pablo Feinmann, quien ya escribió *Pasiones de celuloide* y *El cine por asalto*. Es que en esta ocasión el autor no se limita a hablarnos de las películas que ama y las que detesta, de los grandes directores y actores, de los mejores guiones y las más bellas musicalizaciones, de los momentos insuperables de la historia del cine.

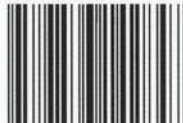
No, en este libro nos habla, apenas, de la condición humana, sólo que lo hace a través del cine. Y entonces nos asomamos a la inmortalidad de la mano de *Drácula*, a la moral con *A la hora señalada*, a Dios y la religión con *Crímenes y pecados*, a los tabúes con *Cuéntame tu vida*, al sentido de justicia con *Batman*, al sexo con *El cartero llama dos veces*, al miedo al diferente con *La guerra de los mundos*, a la guerra con *Apocalypse Now*, al nazismo con *La caída de los dioses*, al rol de los medios con *The Truman Show*, al capitalismo con *Lo que el viento se llevó* y a la fase salvaje del capitalismo con *Wall Street*, a la cuestión del poder no ya con *Hamlet* sino con *El Rey León*.

Parafraseando a Hitchcock podemos asegurar que este libro es, como el cine, la vida sin las partes aburridas, con la profundidad habitual de Feinmann y un mensaje esperanzador. Porque, ya se sabe, "siempre nos quedará París", como Bogart le dice a Bergman en el final de *Casablanca*.



CAPITAL INTELECTUAL

ISBN 978-987-614-284-7



9 789876 142847

Librería García Gambeiro